
George R. R. Martin



LOS VIAJES DE TUF

Haviland Tuf, mercader independiente sin demasiada suerte en su oficio es contratado para una misteriosa misión que parece tener como finalidad encontrar una leyenda: una misteriosa estrella que azota cíclicamente un planeta con las más virulentas plagas imaginables.

Los viajes de Tuf se puede considerar como una *space opera* que ejemplifica el fenómeno de los *fix-up* (montaje de diversos relatos interrelacionados entre sí) y que utiliza la figura del antihéroe para demostrar una conocida moraleja: ¡Qué más vale maña, que fuerza!

A Roger y Judy Zelazny, quienes ayudaron
a que en Santa Fe me sintiera como en casa.

Presentación

La siguiente presentación fue realizada por Miquel Barceló para la edición de LOS VIAJES DE TUF en la colección NOVA y contiene descripciones que pueden desvelar elementos de la trama. Si prefiere evitar su lectura, [púlseme](#).

Los viajes de Tuf ilustra una vez más ese procedimiento tan típico de la ciencia ficción que recibe el nombre de fix-up. Con ello se indica el montaje de diversos relatos interrelacionados entre sí formando un único libro a cuyo efecto, si hace falta, se «rellena» el material disponible con algunas historias escritas expresamente con ese único fin.

Sin ir más lejos, la famosísima trilogía inicial de la Fundación de Asimov, cuya publicación en forma de libro empezó en 1951, reúne cinco relatos y cuatro novelas cortas que, casi en su totalidad, habían aparecido ya en la revista *Astounding*. En el primer volumen, *Fundación*, el primero de los relatos, «*Los psichistoriadores*», se escribió exproreso para ser posteriormente editado en forma de libro en 1951, mientras que el segundo capítulo del libro, «*Los Enciclopedistas*», era el relato que lanzó la serie después de su publicación en mayo de 1942 en la revista ya mencionada.

Igualmente el resto de capítulos del primer volumen proceden de la revista: «Los Alcaldes» (junio 1942), «Los Comerciantes» (agosto 1944) y «Los Príncipes comerciantes» (octubre 1944). El segundo volumen, *Fundación e imperio* se formó con las novelas cortas «El General» (abril 1945) y «El Mulo» (diciembre 1945), mientras que el tercer volumen de la inicial trilogía, *Segunda fundación* se formaba con las novelas cortas «El Mulo inicia la búsqueda» (enero 1948) y «La búsqueda de la fundación» (noviembre 1949).

Otro ejemplo famoso y de todos conocido es *Dune* (1965) de Frank Herbert, formado con dos novelas cortas: «*Dune World*» (publicada en *Astounding* a partir de diciembre de 1963) y «*Prophet of Dune*» (también aparecida en la misma revista a partir de enero de 1965).

En ambos casos, las obras, aunque escritas «a plazos», presentan una unidad evidente por la temática (*Fundación*) o por los personajes y la idea central (*Dune*). Por ello los *fix-up* bien concebidos y realizados pueden contemplarse como una curiosa novela de episodios y algo muy característico del género de la ciencia ficción.

George R. R. Martin ha querido emular a los viejos maestros en el libro que nos ocupa, y para ello ha creado un personaje y una profesión llamados a sentar un hito en la historia del género. Las aventuras y desventuras de Havi-land Tuf, con su maravillosa nave que había pertenecido al viejo Cuerpo de ingeniería ecológica, tuvieron su origen, un tanto inesperado, en un breve relato aparecido en la revista *Analog* en febrero de 1978. Se titulaba «*Llamadme Moisés*» y fue la primera presentación en sociedad de Havi-land Tuf y su curiosa manera de entender la ecología. Hoy se ha convertido en el sexto capítulo del libro.

Posteriormente fue «*Guardianes*», publicada en octubre de 1981, la que profundizaba en el conocimiento de este interesante personaje y en el tema de la ingeniería ecológica. Creo que fue precisamente ese relato y el importante respaldo que obtuvo con el premio *Locus* de ese año, lo

que originó el proyecto de este libro en el que aparece como su capítulo tercero.

En posteriores entregas vimos aparecer en revista la explicación de cómo Haviland Tuf llegó a poseer el Arca en «*La Estrella de la plaga*», auténtica novela corta serializada en Analog a partir de febrero de 1985 que constituye el primer capítulo del libro.

Después aparecieron los tres relatos en los que intervienen Tolly Mune y aparece el problema del exceso de población del planeta S'uthlam: «*Los panes y los peces*» (octubre-diciembre 1985), «*Una segunda ración*» (noviembre 1985) y «*Maná del cielo*» (diciembre 1985), y que componen el eje central del libro (capítulos segundo, cuarto y séptimo).

El autor quiso finalmente incluir una nueva versión muy modificada de un primer relato, publicado inicialmente en la revista británica Andrómeda en 1976. Al incorporarle la figura de Haviland Tuf, pasó a llamarse «*Una bestia para Norn*» que forma hoy el quinto capítulo del libro.

El conjunto, pese a lo que podría parecer a primera vista, presenta una gran coherencia e interés. Creo que las dos ideas centrales en que reposa el prestigio de estas historias son precisamente algo que ya se encontraba en grado sumo en ese «*Guardianes*» cuyo éxito llevó al nacimiento del libro. Me refiero a la psicología del personaje central y a las posibilidades potenciales de la idea de la ingeniería ecológica a nivel planetario.

El protagonista, Haviland Tuf, es un ser curioso. Un mercader independiente, de gran tamaño, obeso, calvo y con la piel blanca como el hueso. Es vegetariano, bebe montones de cerveza, come demasiado y le encantan los gatos. Y además es completa y absolutamente honesto. Tal vez en algunos aspectos sea un curioso trasunto del autor que quizá no llegue a los dos metros y medio de altura pero está más bien llenito y vive con cuatro gatos. (Incidentalmente debo reconocer que, para que no se perdiera el tono bus-

cado por el autor hemos encargado la traducción a un hombre que estuvo también llenito hace unos años y que tiene dos gatas en casa...).

Tal y como se narra en *La Estrella de la Plaga*, Tuf se hará con la posesión de una enorme nave espacial, el *Arca*, la única superviviente del antiguo Cuerpo de ingeniería ecológica de la Vieja Tierra. Un cuerpo desaparecido más de mil años antes de la época de Tuf, pero que revive con él y con sus gatos. Gracias a los poderes del *Arca*, Tuf resucita la vieja profesión de la ingeniería ecológica pero la dejará marcada con la impronta de su personalidad, su astucia y su ironía.

A lo largo de su deambular, le veremos enfrentarse con viejos y nuevos problemas que, en sus manos, adquieren una nueva dimensión y, lo que es más importante, obtienen sorprendentes soluciones, no exentas de una vertiente moral. Se ha anunciado ya otra serie de aventuras de este curioso personaje, posiblemente surgida a raíz del éxito en Norteamérica de este primer libro. Se titula *Twice as Tuf*, y si mantiene el nivel de esta primera entrega es casi seguro que también se incorporará a nuestra colección.

MIQUEL BARCELÓ

Prólogo

CATÁLOGO SEIS
ARTÍCULO NÚMERO 37433-800912-5442894
CENTRO SHANDELLOR PARA EL PROGRESO DE LA
CULTURA Y EL CONOCIMIENTO
DEPARTAMENTO XENOANTROPOLÓGICO

Descripción artículo: cristal codificado vocalmente
Artículo encontrado en: H'Ro Brana (co/ords SQ19,
V7715, 121)

Fecha aproximada: grabado unos 276 años normales
antes de la actualidad

Clasificar en:
razas esclavas, Hranganos
leyendas y mitos, Hruun
medicina
—enfermedad, no identificada
bases comerciales abandonadas

¿Oiga? ¿Oiga?

Sí, ya veo que funciona. Estupendo.

Soy Rarik Hortvenzy, agente no graduado, advirtiéndole a quien pueda descubrir en el futuro mis palabras.

Está anocheciendo y para mí este crepúsculo es el último, El sol se ha hundido tras los riscos occidentales, manchando la tierra con un color rojo sangre, y ahora la noche avanza hacia mí, devorándolo todo sin piedad. Las estrellas se asoman una a una, pero la única estrella que me importa arde día y noche, noche y día. Esa estrella siempre está conmigo y es el objeto más brillante del cielo aparte del sol. Es la estrella de la plaga.

Hoy enterré a Janeel. La enterré con mis propias manos, cavando en el duro suelo rocoso desde el alba hasta la tarde, hasta que los brazos me ardieron a causa del dolor. Una vez terminada mi penosa labor, una vez hube arrojado sobre su cabeza la última palada de este maldito polvo desconocido y hube colocado la última piedra sobre su túmulo, entonces me puse en pie y escupí sobre su tumba.

Todo ha sido culpa suya. Se lo dije no una sola vez, sino muchas, mientras agonizaba y, cuando al final estuvo muy cerca, acabó admitiendo su culpabilidad. Vinimos aquí por su culpa y fue culpa suya que no nos marcháramos de aquí cuando aún podíamos hacerlo, así como que ahora esté muerta (sí, de eso no cabe duda alguna) y que yo vaya a pudrirme sin haber sido sepultado cuando llegue mi hora. Mi carne será un buen banquete para las bestias de la oscuridad, para los voladores y los cazadores nocturnos con los que en tiempos tuvimos la esperanza de comerciar.

La estrella de la plaga brilla con una blancura feroz iluminando toda esta tierra. Una vez le dije a Janeel que había algo equivocado en su luz; que una estrella como ésa debería arder con una llama rojiza. Tendría que envolverse en velos de una fantasmagórica luz escarlata y debería susurrar en la noche vagas historias de fuego y sangre. Pero esta pureza clara y blanca, ¿qué relación guarda con la plaga?

Eso fue en los primeros días, cuando nuestra nave nos había depositado aquí para abrir nuestro pequeño y orgulloso centro de comercio, dejándonos luego para partir hacia nuevos destinos. Por aquel entonces, la estrella de la plaga era solamente una de las cincuenta estrellas de primera magnitud que brillaban en estos cielos ignotos, y resultaba incluso difícil distinguirla a primera vista. En esos días sonreíamos al contemplarla, nos reíamos de las supersticiones de los primitivos, de esas bestias atrasadas capaces de suponer que la enfermedad caía del cielo.

Y, sin embargo, la estrella de la plaga empezó a brillar más y más. A cada noche que pasaba su llama se hacía más fuerte, hasta ser visible incluso de día. Pero mucho antes de que eso ocurriera la epidemia ya había empezado.

Los voladores revolotean bajo el nublado cielo. En realidad su vuelo se reduce a un simple planeo y vistos desde lejos no carecen de belleza. Me recuerdan las gaviotas de sombra de mi hogar, del mar viviente que palpita en Budakhar, en el planeta Razyar. Pero aquí no hay mar, sólo cordilleras, colinas y desolación reseca, y sé demasiado bien que vistos de cerca los voladores resultan muy poco hermosos. Son criaturas flacas y terribles, la mitad de altas que un hombre. Tienen la piel áspera como el cuero y sus tendones cubren una extraña osamenta hueca. Sus alas son duras y secas como la piel de un tambor y sus garras son afiladas cual cuchillos. Bajo la gran cresta huesuda que nace como los dientes de una sierra en sus angostos cráneos, arden ojos horribles y rojizos.

Jaleen me dijo que eran inteligentes. Dijo que poseían un lenguaje. He oído sus voces, esos gemidos tan agudos que parecen destrozarte los nervios. Nunca he aprendido a hablar su lenguaje y tampoco Jaleen lo aprendió. Dijo que tenían sentimientos y que podríamos comerciar con ellos, pero ellos no deseaban comerciar con nosotros. Sabían lo bastante para robarnos, cierto, y ahí terminaba su intelligen-

cia, y pese a todo, tanto ellos como nosotros tenemos algo en común: la muerte.

Los voladores mueren. Los cazadores nocturnos, con sus miembros enormes y retorcidos, con sus nudosas manos provistas de dos pulgares, con sus ojos que arden, en sus cráneos llenos de protuberancias, como las ascuas de una hoguera agonizante. Sí, también ellos mueren. Su fuerza es aterradora y esos ojos, tan enormes como extraños, son capaces de ver en la negrura absoluta que reina cuando las nubes de tormenta cubren incluso el brillo de la estrella de la plaga. En sus cavernas los cazadores hablan en susurros de las grandes Mentes, los amos a los cuales sirvieron en la antigüedad, aquellos que un día volverán para conducirles nuevamente a la guerra. Pero las Mentes no acuden y los cazadores nocturnos mueren, igual que los voladores, igual que esas razas más tímidas y furtivas cuyos cuerpos encontramos en las colinas de pedernal, igual que los animales desprovistos de toda inteligencia, igual que la hierba y los árboles, igual que Janeel y que yo.

Janeel me dijo una vez que este mundo sería para nosotros un tesoro de oro y joyas, pero no ha sido más que un mundo de muerte. H'Ro Brana era su nombre en los viejos mapas, pero yo no pienso llamarlo así. Ella conocía el nombre de todas sus razas pero yo sólo recuerdo uno, Hruun. Ése es el nombre auténtico de los cazadores nocturnos. Dijo que eran una raza esclava de los Hranganos, el gran enemigo ahora desaparecido, derrotado hace un millar de años y cuyos esclavos fueron quedando abandonados en esa larga decadencia. Dijo que este mundo era una colonia perdida, que ahora sólo albergaba un puñado de seres inteligentes ansiosos de comerciar. Sabía muchas cosas y a la vez muy pocas, pero hoy la he enterrado, he escupido sobre su tumba y conozco la verdad. Si fueron esclavos, estoy seguro de que no lo fueron demasiado buenos, pues sus amos hicieron caer sobre ellos el infierno y la cruel claridad de esta estrella enferma.

Nuestra última nave de aprovisionamiento llegó hace medio año. Podríamos habernos marchado. Las plagas ya habían empezado. Los voladores se arrastraban sobre las cimas de los montes, desplomándose por los riscos. Fue allí donde les encontré, con la piel ardiendo y rezumando un extraño fluido, con el cuero de sus alas cubierto de enormes grietas. Los cazadores nocturnos acudieron a nosotros con el cuerpo lleno de heridas purulentas y nos compraron enormes cantidades de paraguas y lonas para protegerse de los rayos de la estrella. Cuando la nave aterrizó podríamos habernos marchado, pero Janeel dijo que nos quedaríamos. Tenía nombres para esas enfermedades que mataban a los voladores y a los cazadores nocturnos. Tenía nombres para las drogas capaces de curarlas. Ella creía que cuando le das un nombre a una cosa eres capaz de comprenderla. Creía que podíamos ser sus médicos, que podíamos ganarnos su confianza de bestias y que de ese modo haríamos nuestra fortuna. Compró todas las medicinas que venían en la nave y pidió más, y entonces empezamos a tratar todas esas plagas a las cuales había dado nombre.

Cuando llegó la plaga siguiente también le dio nombre. Y a la siguiente, y a la siguiente, y a la siguiente... pero las plagas nunca cesaban. Primero se le acabaron las drogas y después se le acabaron los nombres y esta mañana he cavado su tumba. Era delgada y nunca estaba quieta, pero durante su agonía se le paralizaron los miembros y, al final, se hincharon hasta el doble de su tamaño normal. Le he dado un nombre a la cosa que la mató: la llamo Plaga de Janeel. No soy demasiado bueno con los nombres. Mi plaga es distinta de la suya y carece de nombre. Cada vez que me muevo siento correr por mis huesos una llama que parece estar viva y mi piel se ha vuelto gris y quebradiza. Cada mañana, al despertarme, encuentro las ropas de la cama cubiertas con trozos de carne que se me han caído de los huesos, empapadas con la sangre de las heridas que han dejado al caer.

La estrella de la plaga, ahora enorme, brilla sobre mí y ahora comprendo la razón de que sea blanca. El blanco es el color de la pureza y la estrella está purificando este lugar. Y, sin embargo, a su contacto todo se corrompe y muere. Debe haber una sutil ironía en ello, ¿verdad?

Trajimos muchas armas y vendimos muy pocas. Los cazadores nocturnos y los voladores no pueden usar arma alguna contra lo que está acabando con ellos y desde el principio han puesto más fe en la protección de los paraguas que en los rayos láser. Yo he cogido un lanzallamas de nuestro almacén y me he servido una copa de vino tinto.

Me quedaré aquí, sentado, gozando del frescor, pensando en voz alta ante el cristal. Beberé mi vino y miraré a los escasos voladores que aún viven, girando y bailando, recortados contra el negro telón de la noche. Están tan lejos que me parece ver a las gaviotas de sombra cuando vuelan sobre mi mar viviente. Beberé mi vino y recordaré el sonido del mar cuando sólo era un muchacho de Budakhar que soñaba con las estrellas, y cuando el vino se haya terminado usaré mi arma.

(un largo silencio)

No se me ocurre nada más que decir. Janeel conocía montones de palabras y de nombres pero esta mañana la enterré.

(un largo silencio)

Si alguna vez mis palabras llegan a ser encontradas...

(una breve pausa)

Si esto es descubierto después de que la estrella de la plaga haya palidecido otra vez, tal y como dicen los cazadores nocturnos que sucederá, no dejéis que os engañe. Este mundo no es bueno, no está hecho para vivir en él. Aquí sólo hay muerte y plagas incontables. La estrella de la plaga arderá de nuevo.

(un largo silencio)

Se me ha terminado el vino.

(fin de la grabación)

1

La estrella de la plaga

—No —dijo Kaj Nevis con voz firme—. Eso está fuera de cuestión. Cometeríamos una maldita estupidez metiendo en esto a cualquiera de las grandes transcorps.

—¡Ni hablar! —le replicó secamente Celise Waan—. Debemos llegar hasta allí, ¿cierto? Por lo tanto, necesitamos una nave. Ya he ido en naves de Salto Estelar y son perfectamente adecuadas. Las tripulaciones son de lo más cortés y la cocina supera en mucho a lo normal.

Nevis la fulminó con la mirada. Su rostro parecía haber sido construido para ello. Era todo aristas y ángulos y su lisa cabellera, peinada hacia atrás, realzaba la línea de su cráneo. Tenía una nariz grande y afilada como una cimitarra y sus ojillos negros brillaban medio ocultos por unas cejas igualmente negras y muy gruesas.

—¿Y para qué fin fueron alquiladas esas naves?

—Pues para viajes de estudio, naturalmente —replicó Celise Waan. Cogió otra bola de crema del plato que había ante ella, sosteniéndola delicadamente entre el índice y el pulgar, y se la metió en la boca—. He supervisado muchas

investigaciones importantes y el Centro se encargó de proporcionar los fondos para ellas.

—Permíteme indicarte algo tan obvio como la maldita nariz de tu cara —dijo Nevis—. Éste no es un viaje de estudios. No pensamos hurgar en las costumbres sexuales de alguna raza primitiva. No vamos a ir excavando por ahí, en busca de algún oscuro conocimiento al que ninguna persona cuerda soñaría en darle importancia, tal y como tú estás acostumbrada a hacer. Nuestra pequeña conspiración pretende ir en busca de un tesoro de valor inimaginable. Y, si lo encontramos, no pretendemos entregárselo a las autoridades competentes. Me necesitas para que disponga de él, mediante canales no demasiado lícitos y tú confías tan poco en mí que no piensas decirme en qué consiste todo este maldito embrollo hasta encontrarnos a medio camino, y Lion ha contratado una guardaespaldas. Magnífico; todo eso me importa un comino. Pero entiendo también una cosa: no soy el único hombre poco digno de confianza que hay en ShanDellor. En este asunto puede haber grandes ganancias y mucho poder. Si piensas seguir parloteando sobre alta cocina, entonces me largo. Tengo cosas mucho mejores que hacer, en lugar de seguir aquí sentado oyendo tus tonterías.

Celise Waan lanzó un resoplido despectivo. El resoplido fue ronco y algo húmedo, como correspondía a una mujer gorda, alta y de rostro encendido como ella.

—Salto Estelar es una firma de prestigio —dijo—. Por otra parte, las leyes de salvamento...

—... no tienen el menor significado —dijo Nevis—. En ShanDellor tenemos un código legal, otro en Kleronomas y un tercero en Maya, ninguno de los cuales sirve para lo más mínimo. Y, caso de aplicarse la ley de ShanDellor, entonces sólo obtendríamos una cuarta parte del valor del hallazgo, y eso en caso de obtener algo. Suponiendo que esa estrella tuya de la plaga sea la que realmente Lion piensa que es, y suponiendo que todavía sea capaz de funcionar, en-